

ANTÓN PÁVLOVICH CHÉJOV

CUENTOS

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE
JOSÉ MUÑOZ MILLANES

TRADUCCIÓN DEL RUSO DE
VÍCTOR GALLEGO BALLESTEROS

PRE-TEXTOS
NARRATIVA CLÁSICOS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Primera edición: enero de 2001
Segunda impresión: septiembre de 2002
Segunda edición corregida: septiembre de 2007
Primera impresión: septiembre de 2008
Segunda impresión: octubre de 2010

Tipógrafos: Andrés Trapiello, Alfonso Meléndez y Pre-Textos (S.G.E.)

© Selección y prólogo de José Muñoz Millanes
© Traducción del ruso de Víctor Gallego Ballesteros
© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2008
Luis Santángel, 10
46005 Valencia

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN
ISBN: 978-84-8191-829-8 • DEPÓSITO LEGAL: BI-2.736-2010

IMPRIME: GRAFO, S. A.

CUENTOS

EL PROFESOR DE RUSO

I

Con un rumor de cascos sobre el suelo de madera, fueron sacados del establo primero el negro Conde Nulin, luego el blanco Gigante y finalmente su hermana Maika. Los tres eran caballos extraordinarios y caros. El viejo Shélestov ensilló a Gigante y exclamó, dirigiéndose a su hija Masha:

– Bueno, María Godefroi, ya puedes montar.

Masha Shélestova era la más pequeña de la familia; tenía ya dieciocho años, pero en la casa estaban acostumbrados a considerarla una niña y por eso la llamaban Mania y Maniusa. Un día llegó a la ciudad un circo, que ella había visitado con asiduidad; desde entonces, todos empezaron a llamarla María Godefroi.

– ¡Vamos! –gritó, montando sobre Gigante.

Su hermana Varia montó sobre Maika, Nikitin sobre Conde Nulin y los oficiales sobre sus caballos; de ese modo, una larga y hermosa cabalgata, en la que relucían las blancas guerreras de los oficiales y los negros trajes de las Amazonas, salió en fila india del patio.

Nikitin advirtió que mientras montaban y salían a la calle, Maniusa sólo le prestaba atención a él. Primero miró con aire de preocupación a Conde Nulin, después le dirigió la mirada a él y finalmente exclamó:

– Serguéi Vasílich, llévelo con mano firme todo el tiempo y no permita que se haga el asustado: sólo pretende engañarle.

Ya fuera porque Gigante era un gran amigo de Conde Nulin o porque así lo quería la casualidad, el caso es que cabalgó todo el tiempo junto a Nikitin, igual que el día anterior y dos días antes. Él contemplaba el cuerpo pequeño y esbelto de la joven, sobre su blanca y orgullosa montura, su perfil fino y su sombrero, que no le quedaba nada bien y le hacía parecer mayor. La miraba con alegría, con ternura, con admiración, escuchaba sus palabras, sin comprender muchas de las cosas que decía, y pensaba:

“Doy mi palabra de honor, juro por Dios, que hoy me armaré de valor y le hablaré...”.

Eran algo más de las seis de la tarde, la hora en que las acacias blancas y las lilas desprenden tanto aroma que el aire mismo y los árboles parecen impregnados de su olor. En el parque de la ciudad tocaba ya la banda. Los caballos avanzaban ruidosamente por el empedrado; por todas partes se oían risas, voces y rumores de puertas. Los soldados con los que se encontraban saludaban a los oficiales, los estudiantes se inclinaban ante Nikitin; todos los paseantes, que se apresuraban a llegar al parque para escuchar la música, parecían contemplar con agrado esa cabalgata. ¡Qué calor hacía y qué blandas parecían las nubes desparramadas en desorden por el cielo! ¡Qué suaves y acogedoras eran las sombras de los álamos y de las acacias, que se extendían a lo largo de toda la ancha calle y se prendían de las casas del otro lado a la altura de los balcones de la primera planta!

Salieron de la ciudad y cabalgaron al trote por la carretera principal. Ya no olía a acacias ni a lilas, ni se oía la música, tan sólo llegaba hasta ellos el aroma de los campos, en los que verdeaban el centeno joven y el trigo, el grito de las ardillas de tierra, el graznido de los grajos. Todo estaba verde; sólo en algunos puntos destacaban los negros melonares y en la lejanía,

a la izquierda del cementerio, la blanca franja de los manzanos en flor.

Pasaron junto a los mataderos y la fábrica de cerveza, adelantaron a un grupo de soldados músicos que se dirigía a toda prisa al parque de las afueras.

– El caballo de Polianski es muy hermoso, no lo discuto –le dijo Maniusa a Nikitin, fijando la mirada en el oficial que iba junto a Varia–, pero tiene algunos defectos. Por ejemplo, esa mancha blanca en la pata izquierda; fíjese cómo echa hacia atrás la cabeza. Ya es tarde para quitarle esa costumbre, de modo que seguirá así hasta que se muera.

Maniusa, al igual que su padre, sentía gran pasión por los caballos. Sufría cuando veía que alguien poseía un buen caballo y se alegraba cuando encontraba defectos en las monturas ajenas. Nikitin no sabía nada de caballos; a él le daba absolutamente igual aflojar o tensar las riendas, ir al trote o al galope; tan sólo reparaba en que su postura resultaba poco natural y tensa; por ello pensaba que los oficiales, que sabían mantenerse con dignidad en la silla, debían gustarle a Maniusa más que él, y sentía celos de ellos.

Cuando pasaron junto al parque de las afueras, alguien propuso entrar a tomar un vaso de agua de Seltz. Así lo hicieron. En el parque sólo crecían los robles; habían empezado a echar la hoja poco antes, de modo que a través de su joven follaje podía verse todo el jardín con su templete, sus mesitas y sus columpios, así como los nidos de los cuervos, semejantes a grandes gorros. Los jinetes y sus damas desmontaron junto a una mesa y pidieron agua de Seltz. Algunos amigos que paseaban por el parque se aproximaron, entre ellos un médico militar con altas botas y el director de la orquesta, que estaba esperando a sus músicos. Probablemente, el doctor tomó a Nikitin por un estudiante, ya que le preguntó:

– ¿Ha venido a pasar las vacaciones?

– No, vivo aquí –respondió Nikitin–. Trabajo como profesor en el instituto.

– ¿Qué me dice? –se sorprendió el médico–. ¿Tan joven y ya enseña?

– ¿Cómo joven? Tengo veintiséis años... Por el amor de Dios.

– Tiene usted barba y bigote, pero no aparenta más de veintidós o veintitrés años. ¡Parece usted muy joven!

“¡Menudo imbécil!” –pensó Nikitin– “¡Me toma por un mocoso!”

No le gustaba nada que se hablara de su juventud, especialmente en presencia de mujeres o estudiantes. Desde que había llegado a esa ciudad para trabajar en el instituto, odiaba su aspecto juvenil. Los estudiantes no le temían, los viejos le consideraban un hombre joven, las mujeres se sentían más interesadas en bailar con él que en escuchar sus largos razonamientos. Hubiera dado cualquier cosa por envejecer unos diez años.

Dejaron atrás el parque y llegaron a la granja de los Shélestov. Se detuvieron cerca del portón, llamaron a Praskovia, la mujer del administrador, y le pidieron leche fresca. Pero nadie la bebió; se limitaron a intercambiar miradas, se echaron a reír y a continuación iniciaron el camino de regreso. Cuando llegaron de nuevo al parque de las afueras, ya tocaba la banda; el sol se había ocultado detrás del cementerio y la mitad del cielo lucía la tonalidad purpúrea del ocaso.

Maniusa iba de nuevo junto a Nikitin. Él quería decirle que la amaba apasionadamente, pero tenía miedo de que le oyeran los oficiales y Varia, y guardaba silencio. Maniusa también callaba; esa compañía y ese silencio le hacían sentirse tan feliz, que todo –la tierra, el cielo, las luces de la ciudad, la ne-

gra silueta de la fábrica de cerveza— se fundía ante sus ojos en un conjunto muy bello y armonioso, mientras Conde Nulin parecía flotar por el aire y querer encaramarse al purpúreo cielo.

Llegaron a la casa. El samovar bullía ya en la mesa del jardín, en un rincón de la cual estaba sentado el viejo Shélestov en compañía de algunos amigos, funcionarios del juzgado local; según su costumbre, criticaba a alguien.

— ¡Eso es una villanía! —exclamó—. Una villanía y nada más. ¡Sí, señores, una villanía!

Desde que Nikitin se había enamorado de Maniusa, todo le gustaba en casa de los Shélestov: la mansión, el jardín, el té de la tarde, las sillas de rejilla, la vieja niñera e incluso la palabra “villanía”, que el viejo usaba con tanta frecuencia. Tan sólo le desagradaban los numerosos perros y gatos y las tórtolas que gorjeaban tristemente en la gran jaula de la terraza. Había muchos perros en el patio y en las habitaciones, pero Nikitin, durante todo el tiempo que llevaba tratando a los Shélestov, sólo se había aprendido el nombre de dos: Mushka y Som. Mushka era una perra pequeña, de pelo ralo, con el hocico peludo, mala y mimada, que odiaba a Nikitin: nada más verle, echaba la cabeza a un lado, mostraba los dientes y se ponía a rugir: “Rrr...nga-nga-nga-nga... rrr”. Luego se sentaba bajo su silla y cuando él trataba de expulsarla de allí, lanzaba un estridente ladrido, ante lo cual alguno de los anfitriones decía:

— No se asuste, no muerde. Es una perra muy buena.

Som era un enorme perro negro, con largas patas y un rabo tieso como un palo. Durante el almuerzo y el té solía pasearse en silencio alrededor de la mesa, golpeando con el rabo en las botas de los comensales y las patas de la mesa. Era un perro tonto y bonachón, pero Nikitin no podía soportar-

lo, ya que tenía la costumbre de apoyar el hocico en sus rodillas y manchar de saliva sus pantalones. Más de una vez había intentado Nikitin golpearle en la ancha frente con el mango del cuchillo, aporrearle la nariz, reñirle, quejarse, pero nada de eso le libró de las manchas en los pantalones.

Después del paseo a caballo, los jóvenes encontraron muy apetitosos el té, la mermelada, los dulces y la mantequilla. Todos bebieron el primer vaso en silencio y con gran placer. Durante el segundo empezaron a discutir. Las discusiones las iniciaba siempre Varia, tanto durante el almuerzo como durante el té. Tenía ya veintitrés años, era hermosa, más guapa que Maniusa y estaba considerada la persona más inteligente y cultivada de la casa; se comportaba con gran rectitud y severidad, como correspondía a la hija mayor, y ocupaba en la casa el lugar de su difunta madre. Como señora de la casa, se sentía con derecho a presentarse ante los invitados vestida con una blusa, llamaba a los oficiales por su apellido y trataba a Maniusa como si fuera una niña, dirigiéndose a ella con el tono de una institutriz. Decía de sí misma que era una solterona, lo que significaba que estaba convencida de que se casaría.

Convertía todas las conversaciones, incluso las que versaban sobre el tiempo, en una discusión. Una de sus pasiones consistía en hacer objeciones, detectar contradicciones, sacarle punta a las frases. Cuando alguien le dirigía la palabra, ella le miraba fijamente a los ojos y de pronto le interrumpía: “¡Perdone, perdone, Petrov, hace tres días afirmaba usted todo lo contrario!”.

O sonreía con aire burlón y exclamaba: “Veo que empieza usted a predicar los principios de la Tercera Sección. Le felicito”.

Si alguien contaba un chiste o decía un retruécano, enseguida se escuchaba su voz: “¡Eso es muy viejo!” o “¡Qué super-

ficial!”. Si un oficial expresaba un comentario ingenioso, ella hacía una mueca despectiva y exclamaba: “¡Un chiste de cuarrrel!”; arrastrando las erres con tanta fuerza, que Mushka le contestaba al instante desde debajo de la silla: “rrr... nga-nga-nga...”.

Ese día la discusión empezó cuando Nikitin se puso a hablar de los exámenes del instituto.

– Perdome, Serguéi Vasilich –le interrumpió Varia–. Dice usted que los estudiantes tienen dificultades. Pero permítame que le pregunte, ¿quién tiene la culpa? Por ejemplo, usted ha mandado a los estudiantes de octavo una redacción sobre el siguiente tema: “Pushkin como psicólogo”. En primer lugar no hay que elegir temas tan complicados, y en segundo, ¿cómo puede llamar a Pushkin psicólogo? El caso de Schedrín o Dostoievski es diferente, pero Pushkin no es más que un gran poeta.

– Schedrín es una cosa y Pushkin otra –contestó Nikitin con enfado.

– Ya sé que ustedes los profesores no aprecian mucho a Schedrín, pero no se trata de eso. Dígame, ¿qué es lo que convierte a Pushkin en un psicólogo?

– ¿Acaso no lo es? Permítame que le dé algunos ejemplos.

Y Nikitin recitó algunos pasajes de *Evgueni Onieguin* y de *Borís Godunov*.

– No veo ninguna psicología en esos textos –suspiró Varia–. Se llama psicólogo al que describe los recovecos del alma humana, y lo que usted acaba de recitar no son más que unos hermosos versos.

– ¡Ya sé la clase de psicología que usted quiere! –se ofendió Nikitin–. Lo que usted quiere es que alguien me corte un dedo con una sierra roma para que yo grite con todas mis fuerzas: ésa es su idea de la psicología.

– ¡Qué trivial! Además, sigue sin demostrarme usted por qué Pushkin es un psicólogo.

Cuando Nikitin tenía que rebatir opiniones que juzgaba trilladas o convencionales, por lo general se incorporaba, se cogía la cabeza con ambas manos, exhalaba un gemido y empezaba a recorrer la habitación de un extremo al otro. Ése fue el ritual que siguió en esa ocasión: se puso en pie de un salto, se cogió la cabeza con las manos, lanzó un gemido, se paseó por los alrededores de la mesa y finalmente se sentó en un lugar más alejado.

Los oficiales se pusieron de su parte. El capitán ayudante Polianski trató de convencer a Varia de que Pushkin, en realidad, era un psicólogo, y para demostrarlo citó dos versos de Lérmontov; el teniente Gernet dijo que si Pushkin no era psicólogo no le hubieran levantado un monumento en Moscú.

— ¡Eso es una villanía! —les llegó desde el otro extremo de la mesa—. Así se lo he dicho al gobernador: ¡eso, excelencia, es una villanía!

— ¡No voy a discutir más! —gritó Nikitin—. ¡Esto puede prolongarse hasta el final de los días! ¡Es suficiente para mí! ¡Ah, vete ya de aquí, perro inmundo! —le gritó a Som, que había apoyado en sus rodillas la cabeza y una pata.

“Rrr... nga-nga-nga...”, se oyó desde debajo de la silla.

— Reconozca que no tiene usted razón —gritó Varia—. ¡Reconózcalo!

Pero llegaron unas señoritas y la discusión se interrumpió. Todos se dirigieron al salón. Varia se sentó al piano y se puso a tocar unas danzas. Primero bailaron un vals, luego una polka, más tarde una cuadrilla con *grand-rond*, que el capitán ayudante Polianski condujo por todas las habitaciones, y finalmente otro vals.

Durante los bailes, los viejos permanecieron sentados en la sala, fumando y mirando a los jóvenes. Entre ellos se encontraba Shebaldín, director del banco municipal, que era

conocido por su amor a la literatura y a las artes escénicas. Había fundado el “Círculo musical y dramático” local y había tomado parte en los espectáculos, siempre interpretando el papel de un ridículo lacayo o entonando el poema *La pecadora*. En la ciudad le llamaban “la momia”, ya que era alto, muy delgado, fibroso, y siempre mostraba una expresión solemne y unos ojos inmóviles y opacos. Tan sincero era su amor por las artes escénicas que incluso se había afeitado la barba y el bigote, lo que le hacía aún más parecido a una momia.

Después del *grand-rond* se acercó a Nikitin con indecisión, avanzando de costado, tosió y exclamó:

– He tenido el placer de escuchar la conversación que se entabló durante el té. Comparto por completo su opinión. Tenemos ideas similares y me gustaría mucho charlar con usted. ¿Ha leído usted la *Hamburgische Dramaturgie* de Lessing?

– No, no la he leído.

Shebaldín pareció horrorizado, agitó las manos como si se le estuvieran quemando los dedos y se apartó de Nikitin sin añadir palabra. La figura de Shebaldín, su pregunta y su sorpresa le parecieron ridículos a Nikitin, pero al poco tiempo pensó:

“En realidad es una situación embarazosa. Soy profesor de literatura y todavía no he leído a Lessing. Debería haberlo leído”.

Antes de la cena todos, jóvenes y viejos, se pusieron a jugar “al destino”. Cogieron dos barajas: una la repartieron entre todos; la otra quedó boca abajo sobre la mesa.

– El que tenga esta carta —empezó con aire solemne el viejo Shélestov, levantando el primer naipe de la segunda baraja—, debe ir ahora mismo a la habitación de los niños y besar a la niñera.

El placer de besar a la niñera recayó sobre Shebaldín. Todo el grupo le rodeó, le acompañó a la habitación de los niños y entre sonrisas y batir de palmas le obligó a que besara a la niñera. Se produjo un gran alboroto, se oyeron gritos...

– ¡Menos pasión! –gritó Shélestov, riendo con tanta fuerza que se le saltaron las lágrimas–. ¡Menos pasión!

A Nikitin le cayó en suerte confesar a todos. Se sentó en una silla en el centro de la sala. Trajeron un chal y le cubrieron con él la cabeza. La primera en confesarse fue Varia.

– Conozco sus pecados –comenzó Nikitin, mirando en la oscuridad su severo perfil–. Dígame, señorita, ¿a santo de qué pasea usted todos los días con Polianski? ¡Ah, no sin motivo se pasea con un húsar! ¡Eso tiene que ser por algo!

– ¡Qué trivial! –exclamó Varia y se retiró.

A continuación vio por debajo del chal unos ojos grandes, inmóviles, lustrosos, un grato perfil emergiendo de las sombras, y llegó hasta él un olor muy querido y familiar, que recordaba a Nikitin la habitación de Maniusa.

– María Godefroi –exclamó, sin reconocer su propia voz, tan tierna y suave era–: ¿cuáles son sus pecados?

Maniusa entornó los ojos y mostró la punta de la lengua; luego se echó a reír y se marchó. Al cabo de un minuto estaba en medio de la sala, batiendo palmas y gritando:

– ¡A cenar, a cenar!

Todos se dirigieron al comedor.

Durante la cena Varia volvió a discutir, esta vez con su padre. Polianski comía con aire impasible, bebía vino tinto y contaba a Nikitin que una vez, en invierno, durante una acción de guerra, se pasó toda una noche en un pantano, con el agua hasta las rodillas; los enemigos estaban cerca, de modo que no se podía hablar ni fumar; la noche era fría, oscura; soplaban un viento cortante. Nikitin escuchaba y miraba de reojo a Ma-

niosa, que le contemplaba con ojos inmóviles, sin pestañear, como sumida en profundos pensamientos y olvidada del mundo exterior. Esa mirada le causaba placer y al mismo tiempo le intranquilizaba.

“¿Por qué me mira de ese modo? –se atormentaba–. Es una situación embarazosa. Pueden darse cuenta. ¡Ah, qué joven es todavía, qué ingenua!”

Los invitados se marcharon a medianoche. Cuando Nikitin había atravesado el portón, en la primera planta de la casa se abrió un ventanuco y en él apareció la figura de Maniusa.

– ¡Serguéi Vasílich! –gritó.

– ¿Qué desea?

– Pues... –exclamó Maniusa, tratando de pensar en alguna cosa–. Pues... Polianski ha prometido traer su cámara dentro de unos días y sacarnos una fotografía. Tendremos que reunirnos.

– Muy bien.

La figura de Maniusa desapareció y el ventanuco fue cerrado; poco después se oyeron los acordes de un piano.

“¡Qué casa más extraordinaria!” –pensó Nikitin, cruzando la calle–. “Aquí sólo gimen las tórtolas, y ello únicamente se debe a que no saben expresar su felicidad de otra manera”.

Pero la alegría no era un bien privativo de los Shélestov. No había dado Nikitin doscientos pasos, cuando llegó hasta sus oídos el sonido de otro piano. Anduvo un poco más y vio junto a una puerta a un hombre tocando la balalaika. En el parque la orquesta atacaba un pupurrí de canciones rusas...

Nikitin vivía a medio kilómetro de los Shélestov, en un apartamento de ocho habitaciones, alquilado por trescientos rublos al año, que compartía con su compañero Hipolit Hipolítich, profesor de geografía e historia. Cuando Nikitin lle-

gó a casa, Hipolit Hipolítich, hombre de mediana edad, barba rojiza, nariz chata y una expresión algo vulgar, poco inteligente y bondadosa, como la de un simple obrero, estaba sentado ante su mesa de trabajo y corregía los mapas de los alumnos. Juzgaba que dibujar mapas era la tarea más importante y necesaria para el estudio de la geografía, mientras en el caso de la historia asignaba ese papel al conocimiento de la cronología; pasaba noches enteras corrigiendo con un lápiz azul los mapas de sus estudiantes o componiendo tablas cronológicas.

— ¡Qué tiempo tan extraordinario hace hoy! —exclamó Nikitin, entrando en su habitación—. No sé cómo puede quedarse usted en casa.

Hipolit Hipolítich era un hombre poco locuaz; o guardaba silencio o decía algún lugar común. En esa ocasión ofreció la siguiente contestación:

— Sí, hace un tiempo estupendo. Estamos en mayo y pronto llegará el verdadero verano. Y el verano no es lo mismo que el invierno. En invierno hay que encender las estufas, mientras que en verano hace calor sin necesidad de encender nada. En verano abres la ventana por la noche y aun así hace calor, mientras que en invierno se ponen marcos dobles y aún así hace frío.

Nikitin se sentó junto a la mesa, pero al cabo de menos de un minuto, sintiéndose aburrido, se puso en pie, bostezó y exclamó:

— ¡Buenas noches! Quería contarle a usted algo romántico que me concierne, pero usted sólo piensa en la geografía. Uno le habla a usted de amor y usted le pregunta por la fecha de la batalla de Kalka. ¡Al diablo con sus batallas y sus cabos siberianos!

— ¿Por qué se enfada usted?

— ¡Estoy harto!

E irritado por no haberse declarado a Maniusa y por no tener con quién hablar de su amor, se fue a su gabinete y se tumbó en el diván. En la estancia reinaban la oscuridad y el silencio. Allí tumbado, mirando las tinieblas, Nikitin empezó a pensar que al cabo de dos o tres años se iría por alguna razón a San Petersburgo; Maniusa le acompañaría a la estación y lloraría; en San Petersburgo recibiría una larga carta de ella en la que le rogaría que regresara a casa lo antes posible. El también la escribiría... Su carta comenzaría así: “Mi querida ratita...”.

– Justamente así, mi querida ratita –exclamó y se echó a reír.

No se sentía cómodo en esa postura, de modo que puso un brazo debajo de la cabeza y extendió la pierna izquierda por encima del respaldo del diván. Así se encontró más a gusto. Entre tanto, en la ventana empezó a clarear, en el patio dejaron oír su canto los soñolientos gallos. Nikitin seguía pensando en su regreso de San Petersburgo y en su encuentro en la estación con Maniusa que al verle lanzaría un grito de alegría y se arrojaría sobre su cuello; o mejor aún, él le daría una sorpresa: llegaría de noche en secreto, la cocinera le abriría la puerta, luego iría de puntillas hasta el dormitorio, se desvestiría en silencio y se meterían en la cama. Ella se despertaría y... ¡qué alegría!

Había aclarado ya del todo, pero Nikitin no veía el gabinete ni la ventana, sino la figura de Maniusa que, sentada en el zaguán de la fábrica de cerveza junto a la que habían pasado esa tarde, le decía algo. Luego cogía a Nikitin por el brazo e iba con él al parque de las afueras, donde él volvía a ver los robles y los nidos de los cuervos, semejantes a gorros. Uno de los nidos se movía y tras él asomaba la figura de Shebaldín, que gritaba: “¡No ha leído usted a Lessing!”

Nikitin se estremeció y abrió los ojos. Ante el diván estaba Hipolit Hipolítich que echaba la cabeza hacia atrás y se ponía una corbata.

– Levántese, es hora de ir al trabajo –exclamó–. Y no debe dormir vestido, pues la ropa se estropea. Hay que dormir en la cama, desvestirse...

Y como era su costumbre, se puso a hablar largo y tendido sobre algo que todo el mundo sabía.

A primera hora Nikitin debía dar una clase de gramática rusa al segundo curso. Cuando a las nueve en punto entró en el aula, vio dibujadas sobre la negra pizarra dos grandes letras: M. S. Sin duda hacían referencia a Masha Shélestova.

“Ya han olfateado algo los muy canallas... –pensó Nikitin–. Pero ¿cómo hacen para enterarse de todo?”

A segunda hora debía dar clase de literatura rusa al quinto curso. También allí se encontró con las letras M.S. pintadas en la pizarra, y cuando terminó la lección y salió del aula, tras él resonó un grito, semejante a los que se escuchan en el teatro:

– ¡Hurra! ¡Shélestova!

A causa de haber dormido vestido, se sentía fatigado y le dolía la cabeza. Los estudiantes, que esperaban la interrupción de las clases previa a los exámenes, no hacían nada, languidecían y a causa del aburrimiento se comportaban mal. Nikitin también languidecía, no prestaba atención a las travesuras y no paraba de acercarse a la ventana, desde donde podía ver la calle, fuertemente iluminada por el sol. Por encima de las casas vislumbraba el brillante cielo azul, surcado por algún ave, y en lontananza, más allá de los verdes jardines y de las casas, un espacio vasto e ilimitado, con azulados bosques y el humo de un tren en marcha...

En ese momento, por la calle cubierta por la sombra de las acacias, pasaron dos oficiales con blancas guerreras, blan-

diendo sus látigos; a continuación, montados en un carruaje, unos cuantos judíos, con barbas grises y gorros; luego una institutriz, que llevaba de paseo a la nieta del director... Más tarde Som, que se dirigía a alguna parte en compañía de dos perros callejeros. Finalmente apareció Varia, con un sencillo vestido gris y unas medias rojas, llevando en la mano un ejemplar de *El Mensajero de Europa*. Probablemente, había estado en la biblioteca municipal...

¡Y hasta las tres no terminarían las clases! Además, no podría volver a casa ni visitar a los Shélestov después del colegio, pues tenía que ir a dar clase a casa de Wolf. Wolf era un judío rico, convertido al protestantismo, que no llevaba a sus hijos al instituto, sino que hacía venir a su casa a los profesores, a los que pagaba cinco rublos por lección...

“¡Qué aburrimiento, qué aburrimiento, qué aburrimiento!”

A las tres fue a casa de Wolf, donde tuvo que pasar, según le pareció a él, toda una eternidad. Salió de allí a las cinco y a las siete tuvo que regresar al instituto para participar en una reunión de profesores que debía fijar el horario de los exámenes orales de los cursos cuarto y sexto.

Al final de la tarde, cuando salió del instituto y se dirigió a casa de los Shélestov, el corazón le latía con fuerza y la cara le ardía. Una semana antes, un mes antes, cada vez que se había propuesto declararse, había compuesto un discurso completo, con una introducción y una conclusión, pero en esa ocasión no había preparado ni una sola palabra; todo se había confundido en su cabeza y sólo tenía claro que ese día *obligatoriamente* se declararía, sin esperar a una siguiente oportunidad.

“Le pediré que vayamos al jardín –pensaba–, pasearemos un poco y luego me declararé”.

En el vestíbulo no había nadie; entró en el salón, luego en la sala... También esas estancias estaban desiertas. Oyó la voz de Varia, que discutía con alguien en la planta de arriba; también llegaron hasta él los golpes que la costurera daba con las tijeras en el cuarto de los niños.

Había una habitación en la casa que recibía tres nombres distintos: cuarto pequeño, cuarto oscuro y pasillo. En ella había un armario viejo y grande con medicamentos, pólvora y accesorios de caza, y una estrecha escalera de madera, siempre con gatos adormilados en sus peldaños, que conducía a la planta de arriba. De las dos puertas de la estancia, una de ellas llevaba a la habitación de los niños y la otra a la sala. Cuando Nikitin entró en ese cuarto para subir a la planta de arriba, la puerta de la habitación de los niños se abrió de repente y golpeó con tanta fuerza en la pared, que la escalera y el armario temblaron; Maniusa, con un vestido oscuro, llevando un pedazo de tela azul en las manos, apareció en el umbral y, sin advertir la presencia de Nikitin, se abalanzó sobre la escalera.

— Espere... —la detuvo Nikitin—. Hola, Godefroi... Permítame...

Jadeaba y no sabía qué decir; con una mano tenía cogida su mano y con la otra la tela azul. Ella, medio asustada y medio sorprendida, le miraba fijamente a los ojos.

— Permítame... —continuó Nikitin, temiendo que se fuera—. Necesito decirle algo... Sólo que... éste no es el lugar apropiado. No puedo, no estoy en condiciones... Compréndalo, Godefroi, no puedo... eso es todo...

El tejido azul cayó al suelo y Nikitin cogió la otra mano de Maniusa. Ella palideció y movió los labios; luego se apartó de Nikitin y se refugió en el rincón que quedaba entre la pared y el armario.

– Le doy mi palabra de honor, se lo aseguro... –exclamó en voz baja–. Maniusa, le doy mi palabra de honor...

Ella echó la cabeza hacia atrás y él le besó los labios; para que ese beso se prolongara más, él apoyó los dedos en sus mejillas; pero poco después él mismo fue a parar al rincón entre el armario y la pared y ella rodeó su cuello con las manos y apretó la cabeza contra su barbilla.

Luego salieron corriendo al jardín.

Los Shélestov tenían un jardín grande, de cuatro hectáreas, en el que crecían decenas de viejos arces y tilos; había un abeto, un castaño silvestre y un olivo plateado; el resto eran árboles frutales: cerezos, manzanos y perales... Había también muchas flores.

Nikitin y Maniusa corrieron en silencio por las alamedas, rieron, se hicieron alguna pregunta entrecortada que quedó sin respuesta. Una media luna brillaba sobre el jardín. En el suelo, junto a la hierba oscura, débilmente iluminada por esa luna creciente, se estiraban los soñolientos tulipanes y los lirios, como si también ellos desearan oír palabras de amor.

Cuando Nikitin y Maniusa regresaron a la casa, los oficiales y las señoritas se habían reunido ya y bailaban la mazurca. De nuevo Polianski condujo el *grand-rond* por todas las habitaciones; de nuevo, después del baile, jugaron “al destino”. Antes de la cena, cuando los invitados pasaron del salón al comedor, Maniusa se quedó a solas con Nikitin, se apretó contra él y le dijo:

– Habla tú con papa y con Varia. A mí me da vergüenza...

Después de la cena Nikitin habló con el anciano. Tras escucharle, Shélestov se quedó pensativo durante unos instantes y finalmente exclamó:

– Le estoy muy agradecido por el honor que nos hace a mi hija y a mí, pero permítame que le hable como un amigo.

No me vea como un padre, sino como un caballero que conversa con otro caballero. Dígame, por favor, ¿por qué quiere casarse tan pronto? Sólo los campesinos se casan tan jóvenes, y en su caso ya se sabe que se trata de un acto de villanía. En cambio usted, ¿qué razón tiene para actuar así? ¿Qué placer encuentra en ponerse una cadena a su edad?

– ¡Yo ya no soy joven! –se ofendió Nikitin–. Estoy a punto de cumplir veintisiete años.

– ¡Papá, ha llegado el veterinario! –gritó Varia desde otra habitación.

Y la conversación se interrumpió. Varia, Maniusia y Polianski acompañaron a Nikitin a casa. Cuando llegaron ante la puerta, Varia preguntó:

– ¿Por qué su misterioso Mitropolit Mitropolítich no se deja ver en ningún sitio? Podría venir a visitarnos.

Cuando Nikitin entró en su apartamento, el misterioso Hipolit Hipolítich estaba sentado en la cama, quitándose los pantalones.

– ¡No se vaya todavía a la cama, amigo! –le dijo Nikitin, jadeando–. ¡Espere unos minutos!

Hipolit Hipolítich se puso con premura los pantalones y le preguntó alarmado:

– ¿Qué pasa?

– ¡Me voy a casar!

Nikitin se sentó al lado de su colega y mirándole con sorpresa, como si él mismo estuviera sorprendido, exclamó:

– ¡Imagínese, me voy a casar! ¡Con Masha Shélestova! Hoy he pedido su mano.

– Bueno, parece una buena chica. Pero es muy joven.

– ¡Sí, es muy joven! –suspiró Nikitin y encogió los hombros con aire de preocupación–. ¡Extremadamente joven!

– Fue alumna mía. La conozco. No sacaba malas notas en

geografía, pero fallaba en historia. Y no prestaba atención en clase.

Nikitin experimentó una repentina pena por su colega y sintió deseos de decirle algo amable y consolador.

– ¿Por qué no se casa usted, amigo? –le preguntó–. Por ejemplo, Hipolit Hipolítich, ¿por qué no se casa con Varia? ¿Es una muchacha encantadora, extraordinaria! Es verdad que le gusta mucho discutir, pero tiene un corazón... ¿Qué corazón tiene! Acaba de preguntar por usted. ¡Cásese con ella, amigo! ¿Eh?

Nikitin sabía perfectamente que Varia no aceptaría nunca a ese hombre aburrido, de nariz chata, pero aun así trataba de convencerlo para que se casara con ella. ¿Por qué?

– El matrimonio es un paso muy serio –exclamó Hipolit Hipolítich, tras unos instantes de meditación–. Hay que tener en cuenta todos los aspectos, sopesar todas las consecuencias; no puede uno casarse así. La prudencia nunca está de más, especialmente en el caso del matrimonio, cuando el hombre deja de ser soltero e inicia una nueva vida.

E inició su habitual retahíla de lugares comunes. Nikitin, entonces, dejó de escucharle, le deseó las buenas noches y se fue a su habitación. Se desvistió con premura y se metió en la cama, deseoso de pensar en su felicidad, en Maniusa, en el futuro. Luego sonrió, pero de pronto recordó que todavía no había leído a Lessing.

“Tengo que leerlo... –pensó–. No obstante, ¿por qué debo hacerlo? ¡Que se vaya al diablo!”

Fatigado por su propia felicidad, se quedó pronto dormido y no dejó de sonreír hasta la mañana.

Durante el sueño oyó un rumor de cascos de caballo sobre un suelo de madera y vio cómo sacaban del establo primero al negro Conde Nulin, luego al blanco Gigante y finalmente a su hermana Maika...